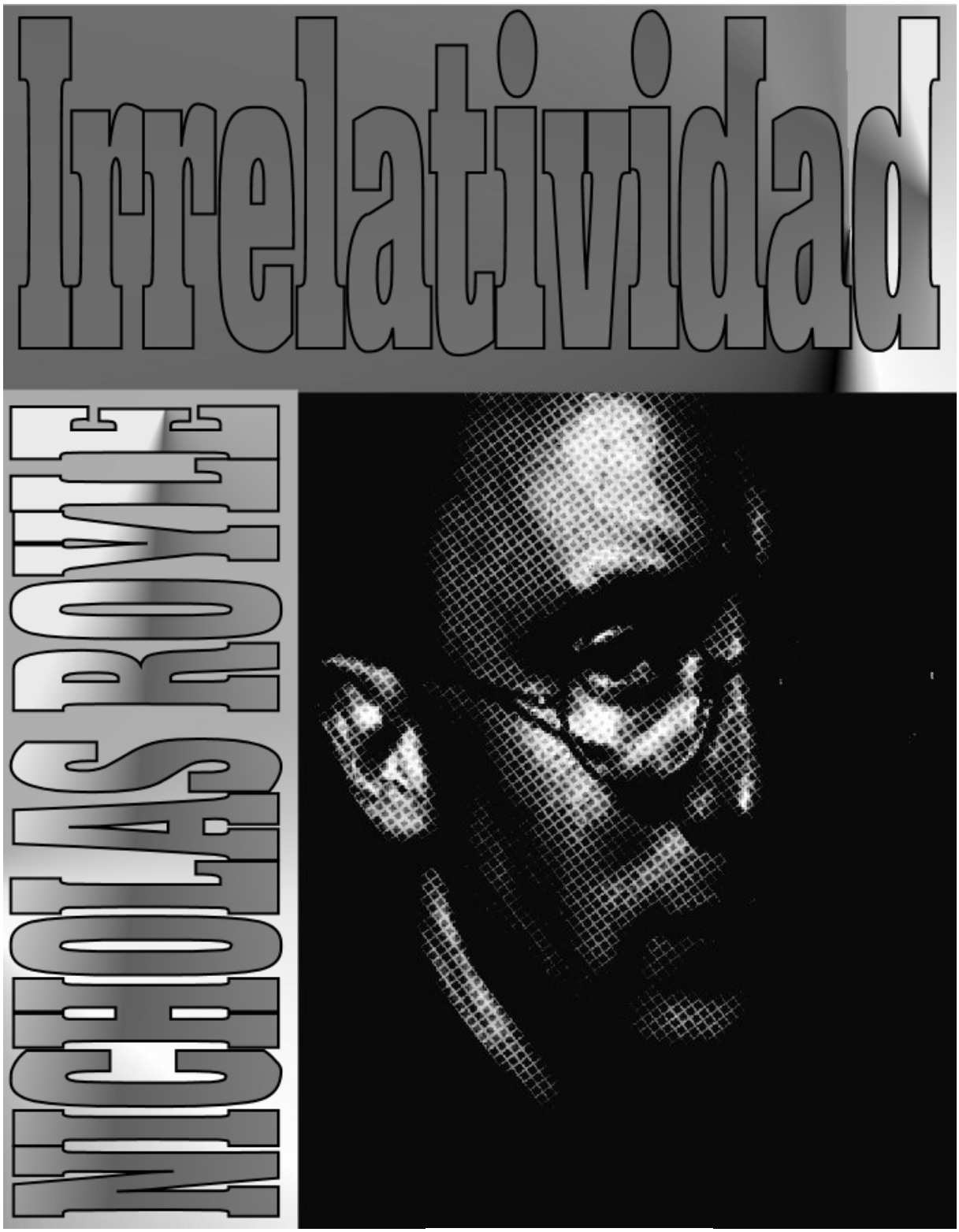
Irrelatividad
NICHOLAS ROYLE



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

-Entonces, ¿qué vamos a hacer durante dos horas?

-No sé. ¿Qué podemos hacer?

-Bueno, tú eres la que vive aquí. Deberías saberlo. ¿Cuál es el mejor pub?

-No querrás estar sentado en el pub durante dos horas.

-¿Por qué no? ¿Qué tiene eso de malo?

-No tiene nada de malo. Sólo que deberíamos poder hacer algo mejor que sentarnos en un pub. ¿Qué es lo que hace la gente?

-Va al pub.

-Bien. ¿por qué tenemos que ser como todo el mundo? Pensaba que eras diferente. Esa es una de las cosas que me gustan de ti. No fuimos a ningún pub la semana pasada cuando vine a verte.

-Voy con mis amigos.

-Oh, ya veo.

Caminaron en silencio durante un rato, saliendo de las negras sombras a zonas de muerta luz anaranjada y luego otra vez a la oscuridad. Los árboles y las farolas pasaban junto a ellos a un lado, los parquímetros al otro. Las luces del centro de la ciudad quedaban atrás. El deseaba que ella dijera algo. pero sabía que probablemente estaba esperando que hablara.

Estaban agotados tras las compras de la tarde. El tren de Conlon había llegado a las dos y media y habían pasado la tarde de compras. Ahora, a las seis, tenían que matar el tiempo antes de la película. Siempre era un hueco difícil de llenar: no había tiempo suficiente para ir a casa y era demasiado tarde para echar un vistazo al parque o la catedral. Su torpeza no ayudaba en nada a la situación: el sentido del tiempo que pasaban juntos en una cita. Dispuesta por teléfono, en un momento particular, a cientos de millas de casa para Conlon. Pero no siempre sería así. Cuando Carolyn y él se conocieran mejor, no les importaría tener horas muertas entre las manos.

-La abadía de la que te hablé está aquí mismo, a la izquierda. ¿Quieres verla?

-Bien, tenemos que hacer algo.

-Oh, qué pena -dijo Carolyn, sacudiendo la puerta-. Está cerrada. No solía estarlo. Se podía entrar más tarde. De todas formas, es un poco rara y probablemente no muy segura a esta hora.

-Entonces me gustaría, ¿no? Conoces mis gustos.

Era cierto, los conocía después de la tarde de compras. Ella no sabía que había tantas librerías de viejo en su ciudad. Novelas de crímenes, eso era lo que Conlon estaba buscando, y había encontrado algunos que deseaba desde hacía tiempo. Se sentía muy satisfecho con las compras de la tarde. Se le había ocurrido que tal vez Carolyn querría hacer también algunas. Se lo preguntó, pero ella le recordó que ya que vivía allí, podría hacerlas cuando quisiera. Era su tarde, y había hecho el esfuerzo de venir hasta aquí, así que deberían ir donde él quisiera; parecía muy feliz de seguirlo. A él le agradó que ella no hubiera tratado sus lecturas con el piadoso criticismo de costumbre. Sólo una vez, cuando había cogido un estudio sobre uno de los asesinatos más recientes había puesto objeciones.

-No me parece muy recomendable -dijo ella-. Es morboso. La ficción ya es suficiente.

Conlon lo había encontrado curioso pero lo había dejado pasar. Soltó el libro y la siguió fuera de la tienda.

Ante ellos las luces de colores parpadeaban entre los árboles.

-¿Qué es eso? -preguntó Conlon, señalando.

-Un pub. El Perro y el Cisne. Tiene más clientes estudiantes que la mayoría.

-¿Entramos y tomamos un trago? Puede que sea más agradable que los del centro.

-Puede. Pero pensé que sólo ibas con tus amigos.

-Ahora estoy contigo.

-Ya sabes que no tienes ninguna obligación.

-Carolyn...

-Bien, pues no la tienes. Lamento que hayas tenido que venir hasta aquí. Puedes irte a casa si te apetece.

-Mira, Carolyn, no he querido decir eso. No estaría aquí si no quisiera. Quiero verte. Además, me gusta viajar en tren..., se obtiene una perspectiva completamente diferente del paisaje y de las cosas.

Las luces se acercaban; la transición de la oscuridad a la luz bajo las farolas se hizo menos marcada. Carolyn miró a Conlon pero no dijo nada.

2

-¿Qué vas a tomar entonces?

-Un Black Velvet. Iré a buscar un sitio donde sentarnos.

-¡Un Black Velvet! -murmuró Conlon para sí mientras se abría camino hacia la barra y se introducía entre jóvenes que llevaban jerséis y gafas y hablaban en voz alta.

Carolyn tenía razón: estudiantes. Sin embargo, Black Velvet... hacía tiempo que no pedía Black Velvet para nadie. Si lo había hecho alguna vez. Miró a los ojos del camarero y éste paseó súbitamente la vista por los otros clientes del bar. Está viendo si alguien va delante, pensó Conlon mientras recorría la barra con la mirada. Vio un televisor pegado a la pared donde pasaban un melodrama. Luego una figura llamó su atención, iluminada, de espaldas a la multitud, moviéndose lentamente entre los clientes hacia la puerta. *Déjá vu.* Pero ¿dónde? ¿Cuándo? Repasó sus recuerdos de situaciones similares pero no sacó nada en limpio. Tal vez un sueño. Pero ¿cuándo había soñado con una figura así? El *barman* se impacientaba.

-¿Perdone?

-¿Qué quiere?

-Una jarra de cerveza y un Black Velvet.

-¿Qué?

-Ya sabe, Black Velvet, cerveza Guinness y champán, o vino espumoso en este caso.

La mirada del *barman* lo decía todo.

Conlon depositó las bebidas sobre la mesa.

-Gracias. Geoff.

-Salud.

Bebieron.

-Entonces, ¿has pasado una buena semana? -preguntó ella. -Como de costumbre. Nadie compra ya ropa en ese tipo de tiendas.

Ahora todo lo que se lleva es Top Shop y Burtons, pero no hacen caso.

Supongo que están pasados de moda, es todo.

-Parece que no es muy interesante.

-¿Interesante? -El se echó a reír-. Preferiría queme pagaran por ver secar la pintura.

- ¿Y qué haces por las tardes?

-Salgo con mis amigos. Como dije antes, vamos al pub.

-Oh. Sí. ¿Todas las noches?

-La mayoría.

-¿No te cansa un poco?

-No hay otra cosa que hacer. Excepto leer. Pero sólo se puede leer mucho en una ocasión.

-Cuando estoy leyendo un libro que me gusta, no lo suelto hasta que lo he terminado. Puedo leer una novela de trescientas páginas en dos días.

¿Qué quería, una medalla? No, Conlon se contuvo. Ella estaba haciendo lo que podía. Si la conversación era un muermo era probablemente por su culpa.

-Yo prefiero las historias que no sobrepasen las diez páginas. Tienen más impacto. Eso es cuando no estoy leyendo una novela, claro, pero incluso así tiendo a perder la concentración después de unas veinte páginas.

Hubo una pausa. Conlon se encontró reflexionando sobre las diferencias que había entre ellos. Carolyn cambió de tema.

-Me preguntó por qué cerrarían la abadía.

Dos mesas más allá, una muchacha que les daba la espalda empezó a ponerse lentamente en pie. Su cabello oscuro desapareció en la esquina tenuemente iluminada. Un hombre pelirrojo se levantó tras ella, colocándole una chaqueta beige sobre los hombros. La chaqueta se perfiló entre las sombras. Aquí estaba de nuevo. Tenía que haberlo soñado la noche anterior. Ahora el hombre cogía las mangas de la chaqueta y las liaba en torno al cuerpo como si fueran vendas. Las mangas vacías eran de una longitud improbable: la imagen era absurda.

La voz de Carolyn surgió de ninguna parte.

-¿Por qué estaba cerrada? No lo comprendo. Nunca había estado cerrada antes.

La muchacha se había levantado; sus hombros, enfundados en blanco, dominaban el oscuro rincón. El, Conlon, estaba fuera; ella dentro. La noche los envolvía, o la oscuridad. Sus párpados empezaron a cerrar-se y la forma a moverse. El temor le inundó: la sensación de *déjá* vu se conectó en su cabeza, acentuada.

-Probablemente la han cerrado porque el asesino anda suelto -murmuró.

-¿Qué? ¡Geoff! ¿De qué estás hablando?

Ella le tocó la cara; él dio un respingo.

-¿De qué estás hablando?

-Lo siento. Debo estar cansado -la miró-. Era mi sueño. El sueño que tuve anoche.

La muchacha de la chaqueta pasó junto a él al salir. Conlon se dio la vuelta en su asiento y torció el cuello, pero no pudo ver a su acompañante. Tenía que haberlo imaginado. A menudo no recordaba nada de sus sueños hasta más tarde, cuando, sin anunciarse, las imágenes chispeaban en su memoria. ¿O había conjurado la imagen soñada la real?, se preguntó. ¿Había tal vez otro paso más que pudiera llevar adelante con lógica? Pensó por un instante que tal vez lo habría, pero el pensamiento se disolvió antes de que pudiera aislarlo para encontrar una definición.

-Trabajas demasiado -dijo Carolyn-. ¿No tienes ningún día libre a la semana?

Su mente volvió a concentrarse.

-Sí, pero tuve que cambiarlo por el sábado para poder venir a verte.

Los dos guardaron silencio; Carolyn bajó la cabeza; Conlon la imitó.

-Lo siento -dijo.

Conlon miró el televisor. Las palabras de los actores se perdían en la melé de voces de la sala. Cuanto más trataba Conlon de separar lo real de lo irreal, más inextricablemente se entrelazaban los hilos. Carolyn si-guió sin decir nada. El drama acabó al borde de un acantilado y abandonó la pantalla para ser reemplazado por un noticiario local.

- Los padres de las muchachas desaparecidas... -empezó a decir el presentador, pero fue interrumpido por Carolyn, que tocó a Conlon en el brazo.

-No nos ignoremos el uno al otro.

-No, lo sé, es una tontería. -Conlon sonrió-. ¿Nos vamos?

3

-Ésta es la cárcel -le dijo ella. Habían salido del pub y habían caminado un poco más-. Y por allí, al otro lado, está mi antiguo colegio.

Conlon se quedó leyendo el cartel que había en el exterior de la prisión mientras Carolyn cruzaba la calle.

-¡Eh, la puerta está abierta! -llamó-. Vamos, echemos un vistazo a los patios. Todavía tenemos tiempo para la película.

Conlon cruzó la calle y entraron. Los campos parecían extensos y llenos de hierba, más que restringidos a un patio de cemento.

-No hay nadie aquí -dijo ella-. No empezarán hasta dentro de un par de semanas. Podemos pasear, ¿verdad?

-Sí, claro. No estamos haciendo nada malo. Además, como acabas de decir, no hay nadie.

Habían llegado al primero de los edificios: bloques bajos y cuadra-dos conectados por pasillos cubiertos. Carolyn se acercó a una ventana y se asomó.

-Es la entrada principal -dijo-. Atravesando esas puertas de allí se va a la cantina. Y si sigues por ahí se llega a los corredores que conducen al edificio principal.

-¿Cuánto tiempo hace que estuviste aquí?

-Cinco años. ¡Dios! Cinco años. Es mucho tiempo. Y ésta es la primera vez que vuelvo.

-¿De verdad?

-Sí. Me alegré de marcharme. Ya sabes, es gracioso estar frente a la prisión. Nos decían que si hacíamos algo malo y no nos andábamos con cuidado acabaríamos cruzando la calle.

-¿Y lo hiciste?

-¿Qué?

-Algo malo.

-No, supongo que no. Vamos por aquí.

Ella le cogió de la mano y le guió al otro lado del edificio. Caminaron por un sendero pavimentado rodeado por la hierba; parecía conducir a una serie de casitas bajas a cincuenta o sesenta metros de distancia. Cuando se acercaron a la primera de las cabañas, Conlon se detuvo.

-¿Qué pasa, Geoff?

Vio una figura en la cabaña. La forma era humana, pero carecía de cabeza, o eso parecía. No podía confiar en sus ojos, no después del incidente en el pub; estaba pasando algo extraño. La sensación casi palpable de *déjá* vu le había asaltado de nuevo, aferrándose a su pelo, tirándole. Los colores se difuminaron y salieron de su foco de visión; sombras en realidad: color perdido en la penumbra. Parpadeó y encogió los ojos. Lino basto, fina tela, los detalles estaban todos allí. La sombra pareció moverse; un truco de la luz. Era tan familiar. Conlon apenas era consciente de las urgentes llamadas que Carolyn le hacía: ¿qué pasaba?

-Mi sueño -murmuró-. ¿Qué es eso?

-Es un maniquí. No pasa nada. Niño grande, estás temblando. Anda, ven aquí. ¿Creías que había alguien ahí dentro?

Conlon miró al maniquí por encima de su hombro mientras lo abrazaba; destruida su ambigüedad, era inofensivo. Sólo un muñeco, el torso y el abdomen envueltos en lino blanco. Se soltó de Carolyn, murmurando algo sobre la poca luz, sobre lo cansado que estaba. Dio un paso hacia la ventana y estudió al maniquí. Bajo el cuerpo forrado de tela se abría un trípode de madera, como patas de mesa en miniatura. La cabeza había sido reemplazada por un tocón de madera. Conlon parpadeó y bajó la mirada, y al hacerlo captó un movimiento aparente: un truco familiar de los ángulos de visión, pero miró de nuevo. No había advertido antes que una de las tres patas descansaba en un parche de luz. Había pensado que todas estaban en sombras. Luego miró la luna, que recordaba era capaz de confundir luz y sombras mientras se movía por el cielo.

-Siempre los he encontrado extraños -dijo Conlon; sabía que había sido demasiado brusco con Carolyn.

-Está bien, Geoff -dijo ella, cogiéndole del brazo mientras paseaban.

Pasaron junto a una serie de cabañas. Conlon vio a los maniquíes montando guardia entre las mesas y sillas, como maestros cuyos alumnos hubieran muerto hacía tiempo y se hubieran convertido en polvo.

-¿Qué son estas cabañas? -preguntó Conlon-. Parecen caravanas permanentes.

-Son portátiles. Mira, sólo están sostenidas por estos puntales. Pueden ponerles ruedas y moverlas. No sé si lo han llegado a hacer. No las han movido desde que estuve aquí. Eran sólo clases. Geoff -el tema de conversación cambió con su tono-, ¿recibiste mis cartas la semana pasada?

-Sí. Gracias.

-No quiero parecer una vieja quisquillosa, pero no recibí ninguna. Sólo me has enviado una carta, y tardé treinta segundos en leerla.

-Mira, Carolyn, nos conocemos desde hace tres semanas. No empieces a ser posesiva. Estoy muy ocupado durante la semana.

Una vez más guardaron silencio durante unos pocos minutos.

-Hay una verja allí -señaló Carolyn-. Salgamos. Está oscureciendo.

Cuando llegaron a la verja, encontraron que estaba cerrada y que era demasiado alta para escalarla.

-¡Maldición! -Carolyn examinó la pesada cerradura-. Hay otra más allá. Vamos a probar con ésa.

Siguiendo el perímetro de la verja llegaron a la espalda de los patios de la escuela. Al otro lado había un sendero, pero la verja era demasiado alta. Cuando llegaron a la otra verja, encontraron que también estaba cerrada. Conlon cogió la mano de Carolyn y la condujo aun grupo de árboles.

-¿Qué haces? -preguntó ella.

-Vamos. No pasa nada.

La agarró por los hombros y la besó. Cuando ella no respondió, dijo:

-Vamos. Carolyn. Estamos solos. Estamos bastante apartados. Apenas hemos tenido intimidad. Sólo un beso. Por eso hemos estado un poco tensos, ya sabes. No es bueno. Tres semanas y apenas nos hemos acariciado.

La besó de nuevo y esta vez ella se relajó. El le puso la mano sobre los pechos y apretó. Ella quiso separarse, pero él le susurró al oído:

-No tendremos otra oportunidad para estar solos en tu casa, tú misma lo dijiste. No con tu madre allí.

Carolyn apartó la mano y le dejó. Sus dedos acariciaron su nuca y la mano de él se introdujo en su jersey. Ella tembló cuando su fría mano tocó su carne, pero dejó que la metiera dentro del sujetador y le liberara el pecho. Conlon sintió su temblor bajo la mano; su excitación le animó. Carolyn sintió su otra mano soltarle para desabrocharse los pantalones. Con las dos manos, buscó el cierre de sus vaqueros. Ella rompió el beso y. al darse cuenta, apartó sus manos violentamente. Su pene la apuntaba, oscilante, asustándolo a él tanto como a ella.

-No me lo pediste -dijo Carolyn.

-Oh, vamos, por favor, no pasa nada -fue todo lo que dijo mientras la abrazaba de nuevo.

La obligó a abrazarle y metió las manos dentro de sus bragas antes de que ella le golpeara en la cara y le diera un leve rodillazo entre las piernas. Conlon se dobló y gimió de dolor. Carolyn se marchó corriendo, reajustándose la ropa mientras se dirigía al edificio central de la escuela.

4

La furia fue su primera reacción. La observó huir mientras esperaba que el dolor

remitiera lo suficiente para perseguirla. Ella desapareció en la sombra del edificio. Gimiendo a cada paso, él corrió detrás. La luna iluminaba su camino y bailoteaba reflejándose en las ventanas del edificio como las repentinas apariciones de un centinela de cara blanca que observara su avance. Forzando la vista, contempló los zapatos blancos de Carolyn desaparecer en una esquina. Corrió hacia allí y casi se cayó al suelo. Ella había desaparecido. Y Carolyn advirtió que no había un solo edificio, sino varios bloques bajos aparte del edificio principal, que tenía cuatro o cinco pisos. Todos estaban unidos por medio de pasillos cubiertos. Vio un par de puertas de cristal y corrió hacia ellas. Para su sorpresa, las puertas se abrieron. Tal vez había decoradores o limpiado-res trabajando durante el día y habían pasado por alto la cuestión de seguridad. Carolyn tenía que haber cogido por aquí. Pero al mismo tiempo, miró al camino por donde había venido. Fue lo suficientemente rápido para verla correr entre este edificio y el siguiente. Estaba a punto de volverse y atravesar el pasillo cuando vio una puerta en la pared del bloque más pequeño que tenía enfrente. Como estaba situada bajo un corto tramo de escalones, no la había visto cuando había pasado corriendo por su lado. La puerta estaba abierta. Volvió a atravesar las puertas de cristal y corrió por el patio. Estuvo a punto de tropezar en el suelo de grava y caerse.

Dejó que sus ojos se acostumbraran a la tenue luz que dejaban entrar las ventanas. Pensó en conectar el interruptor que tenía a la izquierda, pero pensó que era mejor no llamar la atención sobre su invasión. Se encontraba en una clase grande; la otra puerta que había estado situada entre el encerado y él. No tenía cerradura. Entró en un corredor de techo bajo. Había puertas a derecha e izquierda. Miró a través de una y sólo vio mesas y sillas recortadas contra la luz de la luna. Continuó avanzando.

Cuando, poco después, dobló una esquina y vio a un grupo de personas a unos cincuenta metros de distancia, el corazón le saltó a la boca. Detuvo el grito en su garganta cuando vio que eran maniquíes. La luz de la luna, embozada por las nubes, jugaba con sus cuerpos vendados, dándoles la ilusión de movimiento. El sudor corría por su cara y su cuello y el estómago se le volvió ácido. ¿Qué iba a hacer? Sabía que sólo eran maniquíes, pero la irracionalidad no lo aceptaba. Se llevó los dedos a la boca y, dando la espalda a la pared, se apretó para encogerse. La intranquilidad se había convertido en miedo. Su apuro regresó en términos de comprensión y culpa. No había pretendido ser violento con Carolyn. La deseaba... ¡Dios! ¡Cómo la deseaba!; de repente... el riesgo implicado, de estar fuera, de estar invadiendo una propiedad aunque la puerta delantera estuviera abierta, todo se había añadido a su excitación. Y ella también había alimentado su fuego, le había permitido continuar. Talvez le había parecido experimentado, y había temido la dominante agresión de su masculinidad, o había pensado que era lo suficientemente maduro para saber cuándo tenía que parar. Pero ¡era virgen, maldita sea! No tenía ni la más remota idea de qué hacer a continuación a excepción de lo que había visto, leído, oído y supuesto. Ella le había dejado hacer lo que otras le habían negado, y se había dejado llevar. En ese sentido, seguía siendo un crío.

Buscó otro camino de salida. A través del cristal de la siguiente puerta vio una habitación con una segunda puerta. A través de las ventanas de la habitación vio el principio de un ala separada, a la cual daba acceso la puerta más lejana. Intentó imaginar la estructura: los maniquíes probablemente habían guardado el camino a un callejón sin salida. Tenía que haber una salida de incendios en alguna parte, pero su razón sugería que el corredor terminaba tras ellos.

Había recorrido la mitad de la habitación, rodeado por máquinas de coser demasiado silenciosas, cuando el miedo le atenazó el estómago, volviéndolo de dentro afuera: había alguien tras él en la esquina observándolo en silencio. «¡Por favor, que sea Carolyn!», murmuró para sí. Quería darse la vuelta y comprobarlo, pero no podía. Le hizo falta hacer acopio de todo el coraje que nunca había pensado poseer para terminar de cruzar la habitación y cerrar la puerta tras él antes de darse la vuelta para mirar. Un trozo de sábana se había soltado del pecho del maniquí en algún momento; colgaba fláccidamente, captando un poco de luz, como el extremo de una venda.

Conlon se dirigió al nuevo corredor con el pánico amenazando con privarle de su

autocontrol. Buscaba a Carolyn, pero no quería que se sintiera cazada. Ya le tenía miedo. Quería encontrarla y protegerla. ¿De qué? ¿De la indefinible amenaza que impregnaba los corredores oscuros y las aulas vacías? ¿De él mismo? Era la única amenaza para ella. En su confusión, se detuvo y se apoyó contra una puerta y miró ausente a través del cristal. Tardó un minuto antes de ver a la muchacha, aunque ésta había permanecido todo el tiempo en su campo de visión. Dudó de la realidad de lo que veía y deseó que fuera un maniquí. El miedo le paralizó. La muchacha tenía unos catorce años, a juzgar por su cuerpo. Estaba desnuda. Permanecía de pie entre dos mesas contemplando como un inocente a la luna que iluminaba su cara. Mientras Con-Ion la observaba, incapaz de apartar los ojos y salir corriendo, ella se volvió lentamente hacia él, de modo que su cuerpo quedó adecuada y suficientemente iluminado para que pudiera verlo todo. Una larga cicatriz, cosida burdamente, describía una C invertida en su abdomen, empezando justo bajo la cavidad torácica y terminando justo encima del Pubis. Aún más repugnante (y esto es lo que hizo a Conlon sentir náuseas y revolvió su estómago vacío) era el estado general de la piel de la muchacha: parecía completamente deshidratada: estrechas arrugas se formaban en su cuerpo pero no cambiaban su forma. Los ojos, lo único vital, miraban fijamente a Conlon. Quiso moverse. La humedad en sus pantalones le distrajo y le dio ese poder. Corrió por el pasillo (su vejiga vacía fue casi una bendición), rodeó una esquina y se estrelló contra un duro objeto, que cayó bajo él mientras tropezaba y se desplomaba en el ancho corredor. Era un maniquí. Se lo quitó de encima e irguió el cuerpo. Vio que el corredor era un camino difícil. Tenía que haber unos cincuenta maniquíes, enfermizamente parecidos a seres humanos y colocados por grupos. Alucinado, vio pies humanos moviéndose en tropel, y más allá pensó que se veía el destello de zapatos blancos doblando una esquina. Rezó para que no hubieran cogido a Carolyn. Había visto piernas. Cinco muchachas, casi réplicas exactas de la que acababa de huir, se abrían camino hacia él a través de los maniquíes. ¿Había vuelto a su sueño de la noche anterior, estaba representándolo según lo previsto? El sueño quería que creyera en una conexión entre las muchachas y los maniquíes: estaban unidas por alguna metamorfosis irreal para conspirar contra él. Pero no podía plegarse a la seducción del sueño, pues sabía (con la seguridad con que lo sabe el soñador) que no había ninguna conexión. Era parte de la maquinaria del sueño, que no existiría si no creyera. «Maldita sea la filosofía», pensó. Tenía que escapar.

Los dedos de Conlon sacudieron frenéticamente un picaporte, y se encontró en una clase donde no había mesas ni sillas. Gracias a Dios, al menos había otra puerta. Por encima del hombro vio que una de las muchachas entraba en la sala cuando salía de ella por el otro lado. Corrió, casi cayéndose, bajó unos peldaños de cemento y alcanzó un nivel inferior. Era un corredor de tejas; una tenue luz que proporcionaba una claraboya mostraba que el techo era igual que las paredes y el suelo. Conlon pensó absurdamente que podía poner la habitación cabeza abajo y nadie se daría cuenta. Al oír el avance de sus perseguidoras, buscó una puerta en la oscuridad. Encontró una. Irrumpió en la nueva habitación, apoyando la frente contra la puerta, rezando porque no hubieran reparado en su entrada. Por favor, que pasen de largo, suplicó a alguna divinidad imprecisa.

Los pelos se le pusieron de punta. Su agotado cerebro no había ad-vertido que esta habitación no estaba a oscuras. Lentamente, se dio la vuelta. La luz procedía de seis fluorescentes que colgaban del techo. Iluminaban con claridad de pesadilla unos bancos donde había grifos y es-pitas de gas. Era un laboratorio químico. En la esquina izquierda más lejana había una abertura que daba a lo que parecía una habitación similar. Entre la abertura y Conlon había un hombre desnudo. Era de fuerte complexión, de unos cuarenta y tantos años. Gran parte de su cuerpo estaba cubierta de pelo rojo; el sudor se deslizaba por su pecho y abdomen. Su gran erección sugirió a Conlon que había interrumpido algo. A menos que fuera por su causa, pensó, sintiendo que la mente se le disparaba. Tanteó a sus espaldas en busca del picaporte. Este giró antes de que llegara a tocarlo. Se volvió; la primera muchacha disecada entró en la sala, con la cara convertida en una máscara de ansiedad. El retrocedió y volvió a girarse. El hombre dio un paso hacia él. Conlon se retiró hacia la pared. Su única esperanza (su cordura demandaba que lo viera así) estaba a través de la abertura: tenía que haber otra

puerta. Se arrastró por la pared. El hombre se volvió para mirarle. Cuando Conlon se acercaba al rincón, el hombre dio un paso hacia él. Y otro. Conlon jugó su última carta y corrió hacia la abertura que daba a la siguiente sala.

No había otra puerta. En los segundos que Conlon supo eran todo lo que le quedaban, lo comprendió todo. La disposición era igual que en la primera habitación; pero era diferente. En un estante al fondo había varios frascos marcados NATRON. En un banco bajo el estante había do-cenas de rollos de vendas. Había una muchacha en la habitación. Al contrario de las muchachas de las que había huido, la piel de ésta era blanca y suave. Yacía sobre una mesa, con los pies hacia él, de modo que no pudo verle la cara, pero el cuerpo parecía más joven y más delgado que el que temía ver. El hombre, obviamente, había estado trabajan-do: la incisión en su estómago estaba llena de cristales blancos; había un frasco abierto junto a ella. Por lo demás, parecía no tener ninguna marca; sin embargo, sus piernas habían sido abiertas en una efigie de obediencia.

Conlon oyó movimientos tras él, pero no se dio la vuelta. Conocía el escenario por sus sueños. Las muchachas permanecían en la puerta, jugueteando con sus vendajes; el hombre había cogido un escalpelo de un estante y se le acercaba. Reprimiendo su instinto de conservación, Con-Ion sólo ansiaba asegurarse de una cosa antes de que el sueño continuara. Más importante que la comprensión era el conocimiento que ansia-ha. Corrió para ver la cara de la muchacha, pero supo, con la certeza del que sueña, que la verdad le eludiría igual que su próximo aliento.